

# Kate & Ethan

# Amores platónicos, I

Ines Garber

The logo for Matchstories, featuring a stylized heart icon followed by the word "matchstories" in a lowercase, sans-serif font.



*Siempre hallo en mi memoria  
el recuerdo de tu voz.  
Esa dulce melodía,  
adictiva sensación.*

La música siempre me acompañaba. La escuchaba al caminar, sumergida entre las páginas de un libro, estudiando, en la ducha... En cualquier momento del día, excepto aquel que reservaba para escribir y componer.

Mi canción favorita de Shawn Mendes, *Imagination*, sonaba a través de mis auriculares cuando llegué al instituto. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no cantarla mientras recorría los pasillos del edificio.

Me detuve frente a la taquilla, dejé mi mochila en el suelo sin deshacerme de mis auriculares y abrí la puerta metálica con el código que me habían asignado al empezar el instituto un año atrás. En el interior había un horario que revisaba a conciencia cada mañana, pese a que ya me lo había aprendido. Le eché un vistazo y después miré la hora en mi móvil. Aún quedaban quince minutos para la primera clase, pero me dirigí hacia el aula de todas formas.

Al entrar en esta, encontré a Blanca, la profesora de literatura, buscando algo entre los papeles de su escritorio. Llevaba puesto un vestido largo y colorido, probablemente comprado en Desigual.

Dejó de revolverlo todo para mirarme.

—Hola, Katie.

—Kate —la corregí.

Tenía apodos para todos sus alumnos. Katie era el que usaba con más frecuencia para referirse a mí, pero de vez en cuando le daba por innovar. Una vez optó por llamarme *KitKat* delante de toda la clase.

—Kate está muy gastado ya. Yo necesito originalidad —se rio.

Devolvió la vista a sus papeles y siguió rebuscando en su escritorio, poniéndolo patas arriba. Me fijé en el folio que había a mis pies. Lo levanté para revisarlo y vi un texto lleno de garabatos, aclaraciones y notas que hacían que lo que se había escrito en primer lugar resultara completamente ilegible.

—¿Es esto lo que buscas?

Se lanzó de manera exagerada en mi dirección para agarrar el trozo de papel que sujetaba.

—Dios, sí, gracias.

Heather me mandó un mensaje en ese mismo momento.

¿Estás en clase?

Sí. ¿Puedes venir? Blanca tiene el escritorio hecho un desastre.

¿Y te vas a poner a organizarlo?

Sí. Échanos una mano, anda.

—Ya hay que tener energía para ponerse a ordenar esto de buena mañana —señaló nada más entrar en el aula. Al acercarse a uno de los folios, le dedicó una mirada divertida a la profesora—. ¿Qué es esto? ¿Las preguntas del próximo examen?

—Aunque lo fueran, no entenderías nada —dije.

Todos, absolutamente todos los papeles estaban hechos un desas-

tre. Blanca debía de preferir los jeroglíficos al alfabeto latino. Quizá por eso sus clases siempre se basaban en presentaciones a ordenador y nunca escribía nada en la pizarra.

Nos dio las gracias en cuanto terminamos de recoger y clasificar las hojas.

—Tendré que subiros la nota por esto... —Pareció acordarse de algo en ese instante. Me miró y preguntó—: ¿Has escrito algo nuevo?

Blanca era una de las pocas personas a las que les permitía leer mis poemas, lo cual me había llevado a subir la nota del curso y a convertirme en su alumna favorita. El último poema de mi colección lo había escrito semanas atrás, pero aún no se lo había enseñado, porque era demasiado... demasiado él.

Es lo que tiene utilizar la poesía para aligerar el peso de todos esos sentimientos que cada vez se hacen más grandes.

—Bueno, hay uno, pero... —Dudé en acabar la frase. No estaba segura de querer mostrárselo— es algo personal y me da vergüenza enseñarlo.

—¿Me puedes decir al menos sobre qué trata?

Me miró expectante y Heather sonrió divertida, seguramente porque esperaba que fuera a contar algo sobre mi relación con el que había sido mi mejor amigo durante años.

—Trata de un amor no correspondido —limité mi respuesta.

—Ah, esos son los mejores.

—En los libros, quizá. —Fruncí el ceño.

—Desde luego —acordó—. Dan muchísimo juego. Igual deberías utilizar el poema a tu favor, crear algo de drama con ello...

—Por Dios, no. —Enrojecí—. Hay formas menos vergonzosas de cavar tu propia tumba.

Heather se rio a mis espaldas.

—Eres muy testaruda —se quejó mi profesora—. Si permites que te dé un consejo: una indirecta en forma de poema nunca viene mal.

La miré dubitativa. Los consejos de Blanca eran horribles un noventa y nueve por ciento de las veces. Aun así, una parte de mí quería

darle la razón: compartir ese poema con *alguien* podría ayudarme a desahogarme un poco. La verdadera pregunta era si enviárselo a Blanca, entre todas las personas, no sería tentar demasiado a la suerte.



Por la tarde, al acabar mi última clase, fui a recoger a Zoe para volver a casa. La encontré junto a su taquilla, metiendo un papel a presión en un pequeño estante para que no se desmoronara la torre de folios que había acumulado en tan solo dos semanas. Me entraron ganas de arreglar también su desorden.

Cerró la puerta soltando el papel en el último instante. Se quedó parada unos segundos como si estuviera cerciorándose de que la taquilla no iba a abrirse de nuevo y, al ver que había conseguido cerrarla del todo, sonrió triunfante. Yo estaba segura de que se le derrumbaría todo en cuanto la volviera a abrir, pero no quise arruinarle la victoria.

—¿Nos vamos? —llamé su atención.

Cuando se giró, me quedé contemplando sus enormes ojos durante un segundo. Eran de un color entre el gris y el azul, y estaban enmarcados en pestañas muy negras y curvadas. Se parecían tanto a los de su hermano...

—Sí, ya estoy lista. —Se colgó la mochila en el hombro y nos encaminamos hacia la salida del instituto.

Como muchas otras veces, iba a pasar la tarde en su casa.

Al llegar a su habitación, Zoe se lanzó sobre la cama y se estiró de brazos y piernas.

—Oye, haz sitio —la regañé.

—Si me traes patatas fritas, te hago todo el sitio que quieras —se rio.

Puse los ojos en blanco, pero fui a la cocina y le llevé una bolsa de patatas fritas.

—Buah, te amo —exclamó cuando volví a la habitación. No supe si me lo decía a mí o al aperitivo.

—Lo que tú digas. Ahora apártate, que yo también me quiero tumbar.

Me dejó un hueco a su lado, y justo en ese momento, el ruido de la puerta de la entrada abriéndose llamó mi atención. Nada más oír los pasos supe que los que habían entrado en casa eran mi hermano y el de Zoe. Estaba tan acostumbrada a convivir con ellos que ya notaba esas pequeñas diferencias.

Mi móvil vibró sobre el colchón de la cama. Respondí los dos mensajes que tenía y me distraje hablando con Heather un rato. Por eso, cuando alargué la mano para alcanzar la bolsa de patatas fritas, esta ya estaba casi vacía. Tan solo quedaban migajas.

—Serás rata —acusé a Zoe—. Voy a por más, pero que sepas que son para mí.

Apenas me oyó. Ya había encendido su ordenador y estaba viendo una serie.

Suspiré y me encaminé hacia la cocina. Me detuve en la puerta al ver a Ethan de pie junto al microondas. Llevaba puesta una sudadera gris que combinaba con sus ojos, unos vaqueros claros y unas zapatillas blancas. Tras comenzar a calentar una bolsa de palomitas, se giró para mirarme.

Se me aceleró el corazón.

Llevaba toda la vida enamorada de él, y aun así mi corazón seguía traicionándome con cada gesto que él me dedicaba.

—Qué ironía —bromeé después de aclararme la garganta—, tu hermana me trata como su sirvienta y el mío hace lo mismo contigo. La próxima vez haré que ellos nos traigan la comida a nosotros.

Esbozó una sonrisa que me derritió por dentro.

Le devolví el gesto antes de abrir la nevera y sacar una de las botellas de agua que había dentro. Ethan se apoyó contra la pared y me observó divertido mientras esperaba a que las palomitas terminaran de hacerse. El ruido de estas llenó la estancia.

—¿Qué pasa? —pregunté confusa.

—Nada. —Sonrió aún más—. Solo me preguntaba si tu habitación seguía siendo una zona prohibida para mí. Lleva siéndolo... ¿cuatro años?

Al entrar en la adolescencia le prohibí a Ethan entrar en mi habitación porque me daba miedo que pudiera encontrarse con alguno de los poemas que escribía sobre él. O, peor aún, con el vergonzoso diario que aún guardaba en mi armario.

En compensación, y aunque él no me lo hubiera prohibido expresamente, yo tampoco entraba a su cuarto a menos que fuera absolutamente necesario, porque para mí las habitaciones eran lugares muy personales.

Puedes llegar a conocer a alguien a fondo simplemente observando lo que hay en su cuarto. El mío, por ejemplo, estaba siempre ordenado. Nada más entrar se veía un tocadiscos precioso de color rosa y una estantería llena de libros y discos de música. Los colores, los objetos, las fotografías de la pared, los recuerdos que guardaba en el armario... Todo lo que había en mi habitación formaba parte de lo que era. Por eso me intimidaba tanto que Ethan entrase en la mía, porque sentía que, si lo dejaba pasar, le estaría desvelando todos mis secretos.

Pensé en las palabras de Blanca. Quizá tenía razón: quizá no sería tan malo que Ethan encontrara mis poemas. Igual era lo que necesitaba para empezar a verme como algo más que una amiga.

De todas formas, por ahora era un completo y rotundo *no*.

—Sí, cuatro años. —Me mordí el labio—. Y no, todavía no puedes entrar.

Fijé la vista en el microondas para evitar el contacto visual. Las mejillas me ardían.

—No es personal, ya lo sabes —mentí—. No me gusta que entre nadie. Y hace tiempo que yo tampoco entro en la tuya, así que estamos en paz.

—De eso nada —se quejó, separándose de la pared y acercándose

a mí con naturalidad—. Si no has entrado es porque no has querido. Sabes que puedes ir siempre que quieras.

Se me secó un poco la boca.

Negué con la cabeza sutilmente y me alejé con la excusa de coger la bolsa de patatas fritas que había ido a buscar.

Antes de salir de la cocina, pasé por su lado y le dije:

—Algún día podrás entrar en la mía. Solo espera un poco.



Llegamos a casa sobre las nueve de la noche, cuando el cielo comenzaba a oscurecerse. Mis padres me saludaron secamente pese a que era la primera vez que nos veíamos en todo el día. Estaban sentados junto a la mesa del salón; mi madre tecleaba sin descanso en su portátil y mi padre tenía un montón de folios delante. Eran las nueve de la noche y seguían trabajando.

Entré en mi habitación. Mi santuario. Un espacio que tenía más de mí que yo misma.

El mueble que acompañaba a la cama era una pequeña estantería que hacía a su vez de cabecero. Estaba repleta de vinilos, fotografías y cajas bonitas en las que guardaba recuerdos que quería conservar. En el estante de arriba se encontraba mi tocadiscos rosa. Me lo habían regalado los padres de Ethan años atrás y se había convertido en mi posesión más preciada.

Junto a la puerta, dos estanterías cubrían la mitad de la pared. Todo estaba ordenado y en perfecta armonía. Nada desentonaba con los colores claros que predominaban en el cuarto, ni siquiera los libros, ya que a muchos de ellos les había puesto fundas personalizadas que iban a juego con el resto de la decoración.

Encendí el tocadiscos antes de sentarme frente al escritorio con el portátil. Sonaba *My My Love*, de Joshua Radin, cuando me metí en la



bandeja de entrada de mi correo electrónico para buscar la dirección de Blanca.

Abrí uno de los cajones del escritorio para coger la pequeña libreta en la que escribía mis poemas. Leí y releí el último varias veces. Quería enseñárselo a Blanca, pero la idea me intimidaba un poco.

Me mordí el labio indecisa, hasta que por fin llegué a una conclusión. Era un poema; no tenía por qué ir acompañado de su contexto. Podía enviárselo como le enviaba cualquier otro escrito, solo para que me diera su opinión objetiva y me ayudara a mejorarlo.

Sí. Le estaba mandando un trabajo a mi profesora, nada más.

¿Que compartirlo con ella también me iba a ayudar a desahogarme un poco? Pues sí. Pero eso era secundario.

Presioné el botón de «Enviar» antes de poder arrepentirme.

Me contestó una hora más tarde, cuando yo ya estaba metida en mi cama leyendo. Mi móvil vibró y le eché un vistazo a la pantalla sin soltar el libro, hasta que me di cuenta de que la notificación venía del correo electrónico.

De: Blanca Millan

Para: Katherine Moore

RE: Poema

Uy, siento que me estás dejando con el chisme a medias. Es broma, me ha gustado mucho, es muy bonito, muy juvenil e inocente (es decir, muy tío), y está maravillosamente escrito, como siempre.

P. D. A tu edad yo también pasé por un enamoramiento así. Fue todo muy dulce.

Me entró curiosidad al leer su respuesta, por lo que escribí rápidamente la mía.

De: Katherine Moore

Para: Blanca Millan

RE: Poema

¿Sí? ¿Le hablaste a la persona que te gustaba sobre tus sentimientos? ¿Acabó bien?

De: Blanca Millan

Para: Katherine Moore

RE: Poema

Sí, me declaré a lo grande, con flores y todo. Aquí donde me ves, soy toda una romántica.

Lamentablemente, me cansé rápido y terminé poniéndole los cuernos.

Tú no hagas eso, a no ser que quieras que te tiren un ramo de flores a la cara.

Solté una pequeña carcajada. Lo dicho: los consejos de Blanca no tenían por qué ser buenos, pero por lo menos eran interesantes y tenían su moraleja (aunque a veces costara un poco dar con ella). Y, de todas formas, en este caso no necesitaba consejo alguno, ya que no pensaba compartir el poema con nadie más, y mucho menos confesarle mis sentimientos a Ethan. Mi plan seguía siendo el mismo: deshacerme de esos sentimientos lo antes posible.

El problema era que no estaba segura de poder hacerlo.